

# La fierecilla, ¿domada?

Gerardo Piña



*THE TAMING OF THE SHREW* (Domar a la fiera) es una comedia; una obra temprana de Shakespeare, escrita en los últimos años del siglo XVI y publicada en folio en 1623. Ya desde el título y su traducción surge un problema al interpretar esta obra. ¿La fiera es domada? Al esbozar un resumen de la trama es necesario tomar una decisión al respecto, y dicha decisión afecta el sentido de toda la obra; se trata de una comedia con elementos misóginos que reafirma la inferioridad de la mujer o una que promueve un matrimonio equitativo.

Baptista tiene dos hijas: Katherina, la mayor, y Bianca. La primera es una mujer antisocial; es famosa por su mala conducta y por su lenguaje agresivo. Bianca es lo opuesto y por ello tiene más de un pretendiente (Gremio, Hortensio y Lucentio) pero Baptista ha determinado que mientras Katherina no sea dada en matrimonio, Bianca no podrá casarse. Y además ha pedido a sus allegados que le recomienden uno o dos profesores de matemáticas, gramática y música para Katherina, pues cree que una mayor educación podrá calmar su temperamento colérico. De ahí que los pretendientes de Bianca hagan hasta lo imposible por encontrar a alguien que se case con la hermana mayor. Petruchio, el susodicho, no tarda en aparecer y en pedir la mano de la “fierecilla”. Lo que es más, a él no le parece una fiera en absoluto y en una semana se casa con ella. Esto permite que los pretendientes de Bianca pugnen por su mano. En el camino habrá confusiones, imposturas y enredos, como en toda comedia. ¿Dónde surge la importancia del título de la obra y sus implicaciones? En el matrimonio de Katherina y Petruchio; sobre todo en el último discurso de Katherina. A fuerza de no dejarla comer ni dormir, Petruchio hace de Katherina una mujer sumisa, como lo demuestra el discurso final. O bien: a pesar de no dejarla comer ni dormir, Petruchio *no* logra hacer de Katherina una mujer sumisa como lo demuestra el discurso final, dirigido a las otras mujeres:

KATHERINA.- ¡Ea, ea! Desarruga esa frente colérica y amenazadora y aparta de tus ojos esas aceradas miradas de desdén que hieren a tu señor, a tu rey, a tu amo. Ese aire discollo empaña tu hermosura lo mismo que las heladas marchitan los prados. Quebrantan asimismo tu buen renombre cual las borrascas arrancan los brotes primaverales ya en flor: lo que no es en modo alguno conveniente ni amable. Una mujer colérica es como un manantial removido, cenagoso, feo, turbio, desprovisto de toda belleza. Y mientras está de tal modo, nadie hay, por sediento que se halle, por deseoso de beber que se encuentre, que quiera remojar en él sus labios ni beber una sola gota. Tu marido es tu señor, tu vida, tu guardián, tu jefe, tu soberano. El que cuida de ti y quien, porque nada te falte, somete su cuerpo a penosos trabajos en tierra o mar; vigilando de noche mientras sopla la tempestad; de día, bajo el frío; mientras que tú, en el hogar, duermes a su calor tranquila y segura. Por todo ello, cuanto te pide como tributo de amor es una cara alegre y sincera obediencia. Lo que es pagar levemente deuda tan grande. El homenaje que el súbdito debe a su príncipe es la sumisión que la mujer debe a su marido. Y cuando es indócil, malhumorada, terca, áspera; cuando no obedece cuanto de honrado la manda, ¿qué es sino una mujer mala y rebelde, culpable de indigna traición hacia su abnegado señor? Vergüenza me da pensar que haya mujeres tan necias como para declarar la guerra a aquellos a los que deberían pedir la paz de rodillas. Vergüenza de que reclamen

el gobierno, el poder, la supremacía, cuando su deber es servir, amar y obedecer. ¿Por qué, si no, tenemos el cuerpo delicado, frágil, tierno, impropio para la fatiga y trabajos de este mundo, si no es para que nuestro corazón y nuestras amables cualidades estén en armonía con nuestra naturaleza material? ¡Ea, ea, gusanillos de tierra insolentes y débiles! Yo he tenido también, como vosotras, el carácter altanero, el corazón orgulloso, el ánimo áspero y presto a devolver regaño por regaño, amenaza por amenaza. No obstante, bien veo ahora que vuestras lanzas son cañas y vuestras fuerzas briznas de paja. Y que no hay debilidad semejante a la de buscar antes que nada lo que menos nos conviene. Abatid, pues, vuestra altanería, que para nada sirve, y poned vuestras manos, en signo de obediencia, a los pies de vuestros maridos. Si mi marido lo quiere, las mías dispuestas están a rendirle este homenaje...

El discurso nos remite a la ideología patriarcal. Es decir, la mujer es vista como inferior al hombre desde su creación y le debe obediencia y sumisión porque fue ella quien introdujo el pecado. Además, en un paralelo propio del mundo isabelino, el hombre representa al monarca; y la mujer, al súbdito.

A pesar de los elementos ideológicos del discurso, la intención original del mismo nos quedará como un misterio para siempre porque en el modo en que éste se represente en escena se abre un abanico de posibilidades (incluida la de la ironía). Imaginemos qué hacen los demás personajes mientras escuchan estas palabras. Bien podríamos imaginar a una Katherine que habla con ironía. Esta sugerencia no es gratuita. Todo depende del director en turno.

En 1594, en Inglaterra, un autor anónimo publicó una obra titulada *The Taming of a Shrew*, cuya anécdota es prácticamente la misma que la de Shakespeare (apenas cambian los nombres de los personajes). Sin embargo, durante la obra y en el discurso final de Kate (así se llama en esta obra) las referencias bíblicas, las sentencias patriarcales y la obediencia que debe guardar la mujer al hombre en el matrimonio son abundantes y explícitas. También era costumbre reafirmar esta ideología patriarcal en la época mediante el teatro y la poesía. Sin embargo, Shakespeare no hace nada de eso.

Deja un testimonio más cercano a una concepción del matrimonio en el que si bien el hombre es superior a la mujer, ambos tienen roles asignados, compromisos, y ambos son responsables del funcionamiento de dicho matrimonio. Esta concepción se corresponde con las nociones protestantes propias de la época posterior a la Reforma, como lo prueban los libros protestantes a partir de la segunda mitad del siglo xv en los que se enfatiza el concepto de un matrimonio de compañía y no de mera conveniencia.

Resulta difícil tomar una postura con respecto a esta obra. Si concluimos que refuerza la ideología patriarcal, nos resultaría más difícil aceptarla como algo valioso en nuestro tiempo (George Bernard Shaw, a quien no le gustaba nada Shakespeare, escribió una carta abierta pidiendo que se prohibiera la representación de esta obra en 1888). Si, en cambio, comparamos el mensaje de otras obras de la época de Shakespeare que abordaron el mismo tema y apreciamos las varias posibilidades que el montaje mismo ofrece, podríamos concluir que Katherine es un símbolo de un comportamiento indeseable por antisocial, pero no por feminista. Ella afirma odiar a su hermana y nunca objeta casarse; tampoco cuestiona la obediencia que le debe a su padre. Katherine representa un carácter que busca reforzar su individualidad, pero no por cualidades admirables. La individualidad, sobre todo en la comedia isabelina, siempre ha sido un concepto peligroso, pues las comedias buscan reforzar el sentimiento de grupo, y las individualidades suelen ser objetos de ataque (de ahí los disfraces y las imposturas).

Definir qué es un clásico es todo un reto, pero acaso algunas características de una obra clásica sea más sencillo. Una obra clásica, entre otras cosas, prefigura formas de pensamiento posteriores a su tiempo gracias a su visión crítica del presente. Las obras de Shakespeare no son la excepción. *Domar a la fiera* no puede contener un discurso de equidad de género como la entendemos ahora, pero desde la perspectiva de su tiempo y, en comparación con otros autores, Shakespeare da un paso en esa dirección con esta obra, cuando menos en abrir la posibilidad a varias interpretaciones. ■